EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

CATALUÑA INDEPENDIENTE,

por

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

José Mariano Vallejo

MADRID:
OFICINAS: PEZ, 40, 2.°
1874.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil.
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma,
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.
Aventuras imperiales.
Achaques matrimoniales.
Andarse por las ramas.
A pan y agua.
Al Africa.
Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*.
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.
Bien vengas mal si vienes solo.
Bondades y desventuras.
Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.
Candidito.
Caprichos del corazon.
Con canas y polleando.
Culpa y castigo.
Crisis matrimonial.
Cristóbal Colon.
Corregir al que yerra.
Clementina.
Con la música á otra parte.
Dara y cruz.
Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...
D. José, Pepe y Pepito.
Dos mirlos blancos.
Deudas de la honra.
De la mano á la boca.
Doble emboscada.
El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey García.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español en las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.
El último pichon.
El literato por fuerza.
El alma en un hilo.
El alcalde de Pedroñeras.
Egoismo y honradez.
El honor de la familia.
El hijo del ahorcado.
El dinero.
El jorobado.
El Diablo.
El Arte de ser feliz.
El que no la corre antes...
El loco por fuerza.
El soplo del diablo.
El pastelero de Paris.
Furor parlamentario.
Faltas juveniles.
Francisco Pizarro.
Fe en Dios.
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.
Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.
Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.
Intrigas de tocador.
Ilusiones de la vida.
Jaime el Barbudo.
Juan Sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Los nerviosos.
Los amantes de Chinchon.
Lo mejor de los dados.
Los dos sargentos españoles.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Bravo.
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid.
La Madre de San Fernando.
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Caridad.
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (alegoría)
La calle de la Montera.
Los pecados de los padres.
Los infieles.
Los moros del Riff.

CATALUÑA INDEPENDIENTE,

CATALUÑA INDEPENDIENTE,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

JOSÉ MARIANO VALLEJO.

Representado por primera vez en el Teatro de la Alhambra el 29 de Abril de 1871.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1871.

PERSONAJES.	ACTORES.
BRUENILDE	Doña Maria Rodriguez.
EMA	Concepcion Alvarez.
SALOMON	Sres. Parreño.
CONDE DE RIA	Vico.
SINIBAL	Reig.
SUNYER	Fidel.
CONDE DE NADAL	Medel.
ROGER	Puga.
NARBONA	Catalá.
BESALÚ	Mozolí.

Cortesanos, archeros, gentes de armas y pueblo.

La escena en Barcelona; último tercio del siglo IX.

A LA EMINENTE ACTRIZ

DOÑA MARIA RODRIGUEZ.

En prueba de gratitud y amistad,

El Autor.

ACTO PRIMERO.

Sala gótica del palacio de los condes de Barcelona.—Á la derecha dos puertas en primero y segundo término.—Á la izquierda, puerta mayor.—En el fondo grandes ventanas.—Empieza á oscurecer.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon aparecen VIFREDO, SINIBAL, SUNYER, BESALÚ, NARBONA, ROGER y varios cortesanos.

BESALÚ. Decidnos, pues.
ROGER. Yo os diré
segun noticias seguras,
la causa de esos accesos
que de tal modo os asustan,
es un horóscopo.
BESALÚ. ¡Cómo
un horóscopo!
ROGER Sin duda:
gran fe tiene el de Cerdeña
en esas ciencias ocultas,
y há seis dias que á los astros
hizo por Juzef consulta.
BESALÚ. Mas los astros...
ROGER. Esta fué
su respuesta inoportuna.
«Cuando el plazo improrogable

de siete dias se cumpla,
cumplido ya tu destino,
en corta pelea oscura
hallarás, conde, la muerte,
siendo tu alcázar tu tumba.»

BESALU. Terrible sino.

SUNYER. Terrible,
si no fuera una impostura,
que en el infierno á estas horas
estará contando á Judas.

SIMBAL. Es muy posible; y yo creo
que más bien la razon única
de ese estado es la venida
del conde Nadal.

VIFREDO. Locura.
Al rey francés nuestro conde
debe el feudo que disfruta,
y siendo Nadal su enviado
no hay por qué temor infunda.

NARB. Dijísteis bien: ademas
que, segun lo que se anuncia,
en breve será Bruenilde
condesa de Cataluña.

SUNYER. No lo creais, con el conde
fué siempre Bruenilde injusta,
y otro es quien, más venturoso,
de su alma insensible triunfa.

VIFREDO. Vos acaso? (Leve ironía.)

SUNYER. ¿Yo! no á fe.
Aunque fué mi pasion suma,
son los amores dolencias
que con desdenes se curan.
Á vos, más bien, segun dicen,
es á quien da su ternura.

VIFREDO. Á mi decis! por lo visto
hay álguien que se disfruta
en darme por venturoso
porque me ve sin ventura.

SUNYER. Ema, la hija del conde
y la flor de Cataluña,
con pena oyera esas frases
que de inconstante os acusan.

VIFREDO. No lo creais.
SUNYER. Pues se dice.
VIFREDO. Dicen tales imposturas...
ROGER. (Abandonando las ventonas del foro.)
Pues el noble Nadal llega,
dejad tan vanas disputas
y á recibirle salgamos
teniendo los dos mesura.
Mirad. (Señalando por la ventana del foro.)
BESALU. Es cierto. El rastrillo
(Mirando por el foro.)
en este momento cruza.
Vamos, pues...
SIMBAL. Vamos.
ROGER. (Á Vifredo, bajo.) Vos no;
quedaos, porque Ema os busca
y vendrá aquí.
VIFREDO. ¿Decis?
ROGER. Vamos.
BESALU. Sí, vamos ántes que suba.
(Vánse todos ménos Vifredo.)

ESCENA II.

VIFREDO, luego, cuando el diálogo lo indique, EMA, por la derecha, segundo término.

VIFREDO. Pobre ángel! enemiga
Ema de su propio amor,
ama y odia, y el dolor
de lucha tal la fatiga.
Infeliz! Cuánto me ama,
y yo, traidor... no; no quiero...
EMA. (Saliendo.)
Salud al buen caballero.
VIFREDO. Dios guarde á la noble dama.
Dios guarde á la hermosa flor
de la Marca Gotia orgullo,
al bello y gentil capullo
donde hace su nido amor.
EMA. Basta, por Dios; no halagüeño
sigais, Ria, hablando así;

si hubo un tiempo en que os oí,
pasó, ya pasó; fué un sueño.
No os disculpeis; no os acuso
ni cuenta de ello os demando.
Quién, cómo, dónde ni cuándo
leyes al amor impuso?
Nada hay, pues, porque yo os tilde
de mudable ó tornadizo;
me amásteis, mas Dios os hizo
para el amor de Bruenilde.

VIFREDO. Nunca conmigo, hasta hoy,
estuvísteis tan severa.
Decid el por qué, y yo muera
puesto que enojos os doy.

EMA. Oidme, Ria: menguada
no os vine á pedir amores
ni á contaros mis dolores
de amante menospreciada.
No; tal intencion no llevo
ni por tal causa os busqué;
que áun en olvido no eche
lo que á mí misma me debo.

VIFREDO. Nunca tal suposicion
formar, aunque os amo, puedo,
pues sé por mi mal...

EMA. Vifredo,
os acusan de traicion...

VIFREDO. ¡Yo!..

EMA. No temais que os exija
la verdad; no se me esconde
que al conspirar contra el Conde
lo ocultareis á su hija.
Callad: nada me digais,
que os fuera mentir preciso;
pero vivid sobre aviso.
si es cierto que conspirais.

VIFREDO. Ema...

EMA. No sigais; callad.
y mi consejo seguid,
si culpable sois, huid;
y si no lo sois, velad.
Vienen...

VIFREDO. Escuchadme...
EMA. Adios:
y si os salva lo que hago,
reciba mi padre el pago
de mis acciones con vos.
(Vase, rápido derecha segundo término.)

ESCENA III.

VIFREDO, NADAL, SINIBAL, SUNYER, BESALÚ, ROGER, NARBONA y CORTESANOS por la izquierda.

VIFREDO. ¡Cuánto amor! cuánta hidalguía
encierra su noble pecho!
(Pensativo y con emocion.)
SINIBAL. (Á Nadal, saliendo.)
Dispensad que os abandone;
mas con mi deber cumpliendo
vuestra dichosa llegada
anunciar al Conde debo.
Permitid, pues... (Váse derecha primer término.)
VIFREDO. (Á Nadal.) Bien venido,
mi noble y querido deudo.
SUNYER. Decidnos, noble Nadal,
de vuestro viaje el objeto:
y no extrañeis mi pregunta,
pues juzgo por mi deseo,
que todos cual yo impacientes
anhelan tambien saberlo.
NADAL. Embajador del rey Cárlos
hoy á Cataluña vuelvo,
á tratar en nombre suyo
varios asuntos del feudo.
SUNYER. Yo agradezco...
NADAL. No tan pronto
mostreis agradecimiento;
que á mi vez otras noticias
tambien que pediros tengo.
¿Qué es de mi bella Bruenilde?
ROGER. Yo os diré; yo, que la veo
de las hermosas envidia,
de los galanes tormento.

Á buen padre, buena hija.
Si sois de hidalgos espejo
ella por hermosa y pura
es de las damas modelo.

NADAL. Mucho concedeis sin duda
á mi paternal afecto.
No es así?

SUNYER. Justos elogios.

NARB. Muy justos son.

ROGER. Así es cierto.
Ademas que aquí hay alguno
que sabe bien que no miento,
si digo que de sus ojos
es irresistible el fuego.
Muchos por ella suspiran,
y yo sé de algunos de ellos
á quien unir le agradara
á sus blasones los vuestros.
Ved quien llega. (Señalando á la derecha.)
Callo pues,
mas no sintais mi silencio
porque quien llega os dirá
lo que por decir os dejo.

ESCENA IV.

DICHOS, SALOMON, SINIBAL y GUARDIAS por la derecha primer término.

NADAL. Señor... (Saludando ceremonioso y frio.)

SAL. Muy bien venido.
Bien venido seais á este condado
donde con tanto afan se os ha esperado.

NADAL. Tanta honra en verdad no mereciera
si á bondades tan altas
mi eterna gratitud igual no fuera.
Mas aunque así vuestra bondad me obligue,
permitid os declare mi mensaje
en nombre del rey Cárlos, que me envia,
y su interés á mi cuidado fia.

SAL. Mañana, vive Dios: que él es testigo
de que si yo impaciente os esperaba,

no era al embajador, era el amigo.
Descansad pues, Nadal: y aunque mal cuadre
á vuestro noble celo de emisario,
el mensajero fiel ceda ante el padre.
Bruenilde, harto impaciente,
me acusara tal vez: venid conmigo
y olvidemos por ella hasta mañana
ese menguado asunto que os afana.

NADAL. Pues que vos lo mandais...

SAL. Yo lo suplico.
Vedla, mi buen Nadal, vedla primero;
que cuando esteis de su belleza ufano,
á solas trataremos
de dar á su cabeza una corona,
que mucho ha de valer si ella la abona.
Vamos, venid, señores: la impaciencia
de un padre es natural, y es harto injusto
que aquí nos detengamos:
Vamos pues, Sinibal; Vifredo, vamos.
Sunyer, venid tambien.

NADAL. Honra tan grande...

SAL. Tal es mi voluntad; que en mi egoismo
sé que honrando á la flor de mi nobleza,
honrándoos á vos, me honro yo mismo.
(Vánse derecha segundo término.)

ESCENA V.

ROGER, NARBONA, BESALÚ y CORTESANOS.

ROGER. Se fueron: ya estamos solos;
aprovechad los instantes,
y que cada cual exponga
aquello que más le cuadre.
Sabeis ya que está el de Francia
con Nadal por nuestra parte,
pues teme que el de Cerdeña
independiente se alce.
Sabeis que tenemos gente
para la empresa bastante,
y que los pueblos execran
de Salomon las maldades.

Esta noche en Barcelona
entrarán dos mil infantes,
gente con Nadal venida
y acostumbrada al combate.

NARB. El triunfo es nuestro: ademas
de que solo mis parciales
bastan para entrar mañana
el alcázar adelante.

BESALU. Vos?...

NARB. Sí: conozco una mina
que en los calabozos nace,
y que por no estar guardada
penetrar por ella es fácil.

BESALU. Pero esa mina...

ROGER. El secreto
dejad, Besalú, que calle.

BESALU. Pero...

ROGER. Creed; yo por ella
he penetrado esta tarde.

BESALU. Os creo, y de nuestro triunfo
la seguridad me place;
mas es bueno por si acaso
pensemos las cosas ántes.
De Salomon las promesas
puede ser que á Nadal cambien,
que á ser Bruenilde condesa
variarán mucho sus planes.
Vifredo tambien, si de Ema...

ROGER. Tal no creais y escuchadme.
Vifredo ante todas cosas
juró vengar á su padre,
y de Salomon la vida,
no la corona, le place.
Ademas, que si ambicioso
una corona buscase,
mañana lograrla debe
si con la victoria sale.
Sabeis tambien que Vifredo
es de Bruenilde el amante,
y que Nadal por lo tanto
ha de tratar de ayudarle.
Desechad, pues, esas dudas

y vuestros recelos callen;
que pues su interés los guia
es imposible que falten.
BESALU. Asi es la verdad, y cedo
ante razones tan grandes.
Mas creed...
NARB. Nada temais.
BESALU. Nunca pequé de cobarde.
NARB. Lo sé bien: mas separémonos.
BESALU. Adios pues.
NARB. Que Dios os guarde.
ROGER. Id; mas no echeis en olvido
que por vuestro bravo alarde
mañana al fin Barcelona
á nueva vida se abre.
Mañana del de Cerdeña
sobre el sangriento cadáver
romperemos atrevidos
nuestro indigno vasallaje:
despues Barcelona altiva
romperá el feudo infamante,
y de hoy en más será siempre
primero que esclava, mártir.
Id.
NARB. Adios.
ROGER. Que el cielo os guie.
BESALU. Él á vos os acompañe.
ROGER. Por la mina. (Á Narbona.)
NARB. Por la mina.
ROGER. Sangre y fuego.
NARB. Fuego y sangre.
ROGER. Valor.
BESALU. El valor nos sobra.
ROGER. Pues adelante.
BESALU. Adelante.

(Vánse derecha segundo término.)

ESCENA VI.

ROGER, SINIBAL, SALOMON, SUNYER, que salen por la derecha primer término.

SAL. Decidme pues, sin reparo,
qué os parece ese mensaje.
(Á Sinibal y Sunyer, con los que sale hablando.)

SUNYER. Yo creo que su hospedaje
os ha de costar muy caro.

ROGER. Decis... (Á Sunyer.)

SAL. ¡Ah! me alegro mucho (Á Roger.)
llegueis en tal ocasion,
pues es oiros razon
siendo en la intriga tan ducho.
Preguntaba...

ROGER. Os he oido
y no temo, vive Dios,
que así Nadal hasta vos
se atreva descomedido.

SUNYER. No temeis? pues por quien soy,
que á no veros tan leal,
creyera que por Nadal
nos haciais traicion hoy.

ROGER. ¡Yo traidor!...

SUNYER. No, tal no digo.
Mas cuando murió el de Ria
juró Nadal vengaria
la muerte vil de su amigo.
Es cierto?

ROGER. Sí: mas se sabe
que sus asesinos fueron
los Vall; y pues ya murieron
tomar venganza no cabe.

SUNYER. En ellos no: mas juró
matar á cuantos de Ria
ibamos en compañía
cuando el crímen sucedió.
Por tanto vos... (Á Salomon.)

SAL. ¡Yo! por qué?
¿Por qué? si á nadie se esconde

que yo no fuí con el conde
cuando asesinado fué.

SUNYER. Es cierto; más imagino
que mal tal hecho os abona,
cuando debeis la corona
al puñal de un asesino.

SAL. ¡Sunyer!... (Irritado.)

SUNYER. Inocente os creo:
mas la calumnia os acusa,
y en tal calumnia la excusa
de una gran traicion preveo.
Que al ser de Ria asesino,
sois usurpador y puede...

SAL. Silencio. (Pausa y para sí.) (Quién retrocede
en mitad de su camino?
Mato ó muero. Se conspira
y... morirán ¡oh! los dos.) (Transicion.)
(Alto.) Que me cegó, juro á Dios,
por un momento la ira:
mas ya con indiferencia
oigo tan ruin impostura,
descansando en la segura
conviccion de mi conciencia.
Nada hallo, pues, que temer
de Nadal en la venida.

SUNYER. Quien confia y se descuida
está próximo á caer.

SAL. Por mí no; mas como puede
vuestro temor ser verdad,
ántes que os maten, matad;
y todo en las sombras quede.
Me entendeis? pues basta ya.

SUNYER. (Bajo á Sinibal y Roger.)
(Matarle nos manda.

ROGER. Cierto:
mas...

SUNYER. Recémosle por muerto.)

SAL. (Viéndoles hablar bajo y para sí.)
(Los conozco; morirá.)
(Alto.) Llamad, Sunyer, á mi hija.

ROGER. (Ap.) (Daré á Nadal un aviso.)

SINIBAL. (Á Sunyer, ap.)

(Matarle pronto es preciso.
SUNYER. (Á Sinibal.)
Morirá; nada os aflija.)
SAL. Á Ema decid que no tarde.
Idos.
ROGER. Señor...
(Despidiéndose y yéndose con todos.)
SAL. Escuchad:
ántes que os maten, matad.
Retiraos.
SUNYER. Dios os guarde.
(Vánse los dos por la derecha, segundo término.

ESCENA VII.

SALOMON, solo.

¡Oh! bien. Sin duda ninguna
comprendieron mis palabras,
y está en su interés salvarme,
porque ellos tambien se salvan.
Nadal morirá... y su muerte...
no; la guerra no me espanta,
y poco importa que quiera
vengar tal agravio Francia.
Correremos al combate
y quién sabe si mis armas
lograrán que independiente
me vea mi grey mañana.
¡Mañana!... mañana espira
ese plazo que me espanta.
Ese Juzef... Ese horóscopo
que fin á mis dias marca!
Imposible: las estrellas
son mudas, no dicen nada.

ESCENA VIII.

DICHO, EMA, por la derecha, segundo término.

EMA. Dios os guarde, señor.
SAL. Ven, hija mia:

ven á mis brazos, y el feliz contento
y la dulce alegría
á mí vendrán en grata compañía.
Pero qué tienes tú? por qué, mi vida,
como siempre en mis brazos no sonries?
Quién te tiene ofendida?
Qué puede darte enojos?
Qué causa tu dolor, luz de mis ojos?

EMA. No me ama, señor: ¡oh! no me ama.

SAL. Olvídale.

EMA. Jamás. Á sus amores
abrióse el alma mia,
como el pintado cáliz de las flores
se abre á la luz del sonriente dia.
Sin sol no hay flores; sin su amor mi alma
muriera, como muere
en lánguido desmayo
flor á la cual del sol no besa el rayo.

SAL. Deliras, hija mia; mas no llores.
El porvenir sereno
ha de ser para tí senda florida
de Ria en el amor tomando vida.

EMA. Imposible.

SAL. ¿Qué dices? tú tan bella;
tú, del condado catalan orgullo,
flor delicada, que entre mil descuella,
no ser amada? y dí: por qué no amarte?

EMA. Quien ama ya, sin que su amor yo tilde,
corresponder á mi pasion no puede;
y Vifredo, señor, ama á Braenilde.

SAL. Hija mia!

EMA. Señor.

SAL. Hija del alma
tu fiero pesar calma,
que yo te juro quedará vengado
con la muerte del vil que le ha causado.

EMA. Piedad, señor, piedad!

SAL. Nunca ese hombre
espere gracia en mí; siempre contrario
su odiado nombre la bandera ha sido
que mis nobles, rebeldes, han seguido.

EMA. Oh, no le amenaceis; le quiero tanto,

que esa fiera amenaza
mi pecho llena de mortal espanto.
Perdonadle.

SAL. (Ap.) (Imposible.) (Alto.) Tú lo quieres:
y yo, por tí, porque tu amor no sufra,
qué no haré? si tú eres
mi voluntad, mi encanto,
qué te puedo negar? yo le perdono,
que tu infinito amor habla en su abono.

ESCENA IX.

DICHOS, SINIBAL, SUNYER, por la derecha segundo término.

EMA. Gracias.

SUNYER. Señor, dispensad
que así llegue á interrumpiros:
pero era fuerza advertiros
de un caso tan grave...

SAL. Hablad.
Qué sucede?

SUNYER. Torpe el labio
del embajador de Francia
con indómita arrogancia
infirió á mi honor agravio.
Del rey Cárlos mensajero
sé que á su rey representa,
mas hirió con torpe afrenta
mi honor, y soy caballero.
Solo cabe entre los dos
una sangrienta jornada:
el esterminio; la espada,
y el alto juicio de Dios.

SAL. Jamás torpeza tan loca
autorizaré yo.

SUNYER. ¡Cielo!

SAL. Sunyer; prohibo ese duelo.

SUNYER. La indignacion me sofoca.
Al soberano, al señor
se rinde pleito homenaje;
mas termina el vasallaje
donde comienza el honor.

Sé mi deber: esto quiero,
y nada tuerce mi fallo,
que una cosa es ser vasallo
y otra cosa caballero.

SAL. (Ap. á Sunyer.) (Mátale.) (Alto.) Mi autoridad
más fuerte que tu arrogancia
al embajador de Francia
da amparo y seguridad.
(Ema observa.) (Á Sunyer.) Ambos á dos
seguidme, os tengo que hablar.
Voy ese duelo á evitar. (Á Ema.)
Adios, hija mia.

(Váse con Sinibal y Sunyer, derecha primer término.)

EMA. Adios. (Tristemente.)

ESCENA X.

EMA, luego BRUENILDE, por la derecha segundo término.

EMA. ¿Qué es esto? porque ¡ay Dios! mi pobre al-
encapotan fatídicos celajes? [ma
Qué temo? por qué sufro? qué recelo?

BRUEN. Señora... (Saliendo rápida.)

EMA. Qué quereis?

BRUEN. (Con ansiedad.) Y vuestro padre?

EMA. Muy poco ha que abandonó esta cámara
Sinibal y Sunyer acompañándole.

BRUEN. Sinibal y Sunyer, malditos sean!

EMA. Bruenilde, reparad!...

BRUEN. ¡Que yo repare!
Si de mi padre atentan á la vida
y yo lo sé, me mandareis que calle?
Jamás: sí en campo abierto y frente á frente
como cumple entre los buenos le retasen,
yo no temiera; que temer no puedo
por quien fué vencedor en cien combates.
Pero yo sé que aleves esta noche
con perfidia y traicion han de matarle
y que mi padre y Ria morir deben.

EMA. Ria decís?

BRUEN. Sí, Ria. Odio implacable

entre él y vuestro padre existe há tiempo
y es de tal odio la razon muy grave.
El padre de Vifredo, nuestro conde,
asesinado fué: callar me place
el nombre vil de su asesino aleve,
pues sufriérais tal vez al escucharle.

EMA. Mentís. Mi padre? (Ap.) (Su rencor á Ria
mil veces observé. ¡Dios mio, ampárame!
Esa sangre vertida... esa corona...
ese rencor eterno é implacable...)
Salvémosle, salvémosle. (Á Bruenilde.)

BRUEN. Señora,
tanto interés por él...

EMA. Y á qué ocultarle.
Niña apenas, apenas bullicioso
comenzaba mi espíritu á lanzarse
en alas de fantásticos deseos,
cuando en mi pecho se hospedó su imágen.
Ámale, me dijeron: algun dia
ese será tu esposo, espera y ámale;
y yo obediente al paternal mandato,
con infantil pasion empecé á amarle.
Crecí y creció mi amor; y hoy infinito,
inmenso, persistente, inagotable...

BRUEN. Oprobio y maldicion! tambien mi pecho
se abrasa en ese amor.

EMA. No ya rivales
por nuestro amor celosas cual villanas
rencor tan solo nuestras almas guarden.
Dignas seamos del amor de Ria
uniéndonos por él y por salvarle.

BRUEN. Salvémosle.

EMA. Mi padre hace muy poco
que aquí me prometió...

BRUEN. Mentidas frases.
Vuestro padre le odia, y sus promesas
no os pueden halagar, pues son falaces.

EMA. Nos resta un medio; si al alcázar Ria
viene esta noche evitareis tal lance.

BRUEN. Por ese medio?

EMA. Á vuestro amor rendido
sé que otras veces acudió anhelante.

Citadle ahora, que si Ria viene,
impedir ese duelo es harto fácil.

BRUEN. Mas... y cómo avisarle?

EMA. Vuestra cita
le anunciará, si lo quereis, un paje.

BRUEN. Sea.

SAL. Quietos.
(Apareciendo por la derecha y conteniendo á Sunyer y Sinibal.)

EMA. Decid al noble Ria
cuanto grato le sea, amor pintadle,
pidiéndole esté aquí cuando el silencio
anuncien de la queda las señales.
Así le salvareis, y al par, señora,
salvais tambien á vuestro noble padre.

SAL. (¡Maldicion! no escuchais?)
(Ap. á Sinibal y Sunyer.)

EMA. Vamos.

BRUEN. Sí, vamos,
y el cielo amigo nuestro plan ampare.
(Vánse derecha, segundo término.)

ESCENA XI.

SALOMON, SINIBAL y SUNYER.

SAL. No oisteis? Tambien mi hija
á los traidores ayuda.
Ella tambien...

SUNYER. Vuestros planes
favorece la fortuna.
Esta noche de Vifredo
podeis lograr la captura
y matarle ó no matarle
como á vuestro antojo cumpla.
Nadal tambien esta noche,
fuerza es, señor, que sucumba.
pues de mis fieles archeros
cuento con la brava ayuda.

SAL. ¿Y el rey francés?... (Pensativo.)

SINIBAL. En sus reinos
con harto quehacer se ocupa

para que vengar intente
de este suceso la injuria.
Mal seguro allá en su casa
no puede darnos pavura,
que ántes de ir á la agena
querrá defender la suya.
Por tanto, y pues la ocasion
es propicia como nunca,
concluid, y de una vez
haced vuestra á Cataluña.

SAL. Ya es tiempo, si. Que esta noche
el conde Nadal sucumba.
Ria tambien aquí preso,
sea; y acabe esta lucha.
Pero ¿y mi hija?... mi hija...
Eso es: prudencia y astucia.
Yo perdonaré á Vifredo
su ambicion y su conducta
públicamente y despues... (Leve pausa.)
Cualquiera en la sombra oscura
puede ser asesinado
sin que tenga yo la culpa.
Eso es: el perdon primero,
despues el puñal: no hay duda.
¿Conque Nadal?...

SUNYER. Esta noche
morirá, cosa segura.

SAL. Vifredo...

SUNYER. Aquí será preso.

SAL. Está bien: rumor se escucha.
Callad y lo dicho baste.

SINIBAL. Hoy la suerte nos encumbra. (Á Sunyer.)

SAL. (Servidme, sí: aunque malvado
la agena maldad me asusta!
Sinibal, Sunyer... mis cómplices...
para secretos la tumba.)

ESCENA XII.

DICHOS, NADAL, ROGER, NARBONA, VIFREDO, BESALÚ y CORTESANOS.

NADAL. Con vuestra vénia y favor
me retiro ya.

SAL. La mano. (Se la estrecha.)
Volved mañana temprano
al alcázar.

NADAL. Bien, señor.
(Se acerca la hora. (Bajo á los conjurados.)

ROGER. (Bajo á Nadal.) Esto es.
Al primer albor. (Á Narbonas)

NARB. Sí, sí.

BESALU. Confiad en mi. (Bajo á Nadal.)

ROGER. Y en mí.)

NADAL. Hasta mañana. (Á Salumon, alto y yéndose.)

SAL. Adios, pues.

NADAL. (Pereces mañana mismo,
nadie en el mundo te salva.)

SAL. (Mañana al rayar el alba
sereis polvo en el abismo.)

(Nadal, Vifredo, Narbona, Besalú y cortesanos, se dirigen á la puerta de la izquierda, Salomon, amenazante, los contempla. Cae el telon.)

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon aparecen NADAL y BRUENILDE, el primero de pie.

BRUEN. No salgais.
NADAL. Vana insistencia.
BRUEN. Acceded, padre, á mi ruego,
si os vais no tendré sosiego
mientras dure vuestra ausencia.
NADAL. No temas: embajador
de un rey que me da su ayuda,
de las traiciones me escuda
el nombre de mi señor.
No temas pues. (Cariñoso.)
BRUEN. Mis temores
crecen más al escucharos;
pues os miro confiaros
en manos de los traidores.
Bien sé que es cierto, señor,
que á Cárlos representais,
que gran renombre gozais
y es grande vuestro valor;
pero tambien se que arteros

pueden hacer los puñales
lo que no hicieran leales
espadas de caballeros.
Bajo la noche sombría
vuestra existencia amenaza
con torpe y pérfida traza
la criminal cobardía.
Un duelo aquí se convino.

NADAL. Por honra fué.

BRUEN. Quién la tiene
qué más busca? acaso viene
del puñal de un asesino?
Lucharais en franca lid
contra un pecho generoso,
nunca contra el alevoso,
que sólo esgrime el ardid.
Vifredo, y vos, padre mio,
ansiando estais el momento
de ese combate sangriento,
mas yo os salvaré; lo fio.
No saldreis...

NADAL. Cesa, Bruenilde.

BRUEN. Ni Vifredo...

NADAL. Ambos á dos
iremos: habrá ¡por Dios!
quien de cobardes nos tilde?

BRUEN. Tengo una cita. (Triunfante.)

NADAL. Lo sé.
Amor contra honor le llama,
pero su honor le reclama
y yo su honor salvaré.
Vifredo debe al condado
la vida que este le dió:
si él á tí la consagró,
la roba á quien se la ha dado.
Si él en la lucha perece,
perezca noble en buen hora;
mas no diga que le adora
la mujer que le envilece.

BRUEN. Yo envilecerle! Id al duelo
que el honor de ambos reclama,
qué importa de quien os ama

el amargo desconsuelo?

NADAL. Basta; no cobarde llores
penas que forja tu idea,
fuerza es ya que tu alma sea
superior á tus temores.
Buscar á Ria interesa
ántes que á tu cita acuda.

BRUEN. ¡Dios justo! dales tu ayuda
en tan difícil empresa.

ESCENA II.

DICHOS, EMA, por la derecha segundo término.

EMA. Os buscaba. (Á Nadal.)

NADAL. Vos, señora,
tanta merced dispensarme,
vos hacerme tanta honra? (Con ironía.)

EMA. Ahorremos, conde, las frases.
Bien mi profunda amargura
podeis ver en mi semblante,
y cuando á vos así fieras
mis desventuras me traen,
de más está que yo diga
que son muchas y son grandes.

NADAL. Si remedio alguno tienen,
vuestras penas confiadme.

EMA. ¡Oh! sí, vos sois generoso!
Y Vifredo? No os extrañe:
no os extrañe que os pregunte
con solicitud amante.
Bien se que por su enemiga
me da la suerte implacable
y que sus odios los hijos
heredamos de los padres.
Se que á Dios plugo de Ria
frente á frente colocarme;
pero sufro tanto, tanto,
que comprenderlo no es fácil.
(Movimiento en Bruenilde.)
¡Oh! no me dirijo á vos.
Ya sé que somos rivales,

y que juntos en un pecho
celos y piedad no caben.
Pero á vos sí: vos sois bueno...

NADAL. El peligro señaladme,
pues sin saber dónde se halla
es difícil evitarle.

EMA. Van á prender á Vifredo.

BRUEN. Dónde? Cuándo?

EMA. Aquí: escuchadme.
Por mi padre sorprendida
la cita que le otorgasteis,
si Ria al alcázar viene
todo socorro es en balde;
pues prevenida la guardia
está ya desde esta tarde.

NADAL. ¡Maldicion! corro en su busca...

BRUEN. Id; mas si no le encontraseis
y viene aquí, y por desgracia
logran aquí aprisionarle,
yo esperaré vuestra vuelta:
de ella, señor, avisadme,
avisad con tres palmadas,
y si yo las contestase
entrad á sangre y á fuego
el alcázar adelante.

NADAL. Adios. (Váse Nadal.)

BRUEN. Adios, padre mio.

EMA. Santo Dios! ve mis pesares
y expie el crímen de hija
mi fiero dolor de amante.

ESCENA III.

BRUENILDE, EMA.

BRUEN. Madre de Dios, dulce madre
por los cielos escogida:
sé de Vifredo la egida,
la egida sé de mi padre.

EMA. Rogais al cielo?

BRUEN. Perdon
para mi torpe enemigo,

porque tiemblo ante el castigo
que prepara á Salomon.

EMA. Me acriminais?

BRUEN. Fuera necio
y tal de mí no espereis;
como por mi calma veis,
no os acrimino, os desprecio.
Fatalmente criminal
os ven con pena mis ojos;
qué otra cosa sino abrojos
produjo nunca el erial?
Nacer en suerte os tocó
de un padre vil y asesino:
qué sereis vos? si el espino
nunca más que espinas dió.

EMA. Pues siempre tenaz me reta
el insulto en vuestra boca;
advertid que de la roca
nace la gentil violeta.
Y ved bien que yo cual vos
nací sin elegir padre,
teniendo, aunque mal me cuadre,
aquel que le plugo á Dios.

BRUEN. De él renegais?

EMA. Si son ciertos...
deploro sus extravíos,
mas queden los labios mios
ántes que infamarle yertos.
Es mi padre, su hija soy
y acriminarle no puedo,
su marcha me empuja, cedo,
y á donde me arrastra voy.

BRUEN. Vais? Lo esperaba de vos;
el crímen en él mirais
y el crímen en él no odiais?
¡Oh sí, justicia de Dios!
En el monte Sinaí
claro á su pueblo lo dijo:
castigo al nieto del hijo
del que se aparta de mí.
Está escrito y Dios no miente,
porque su palabra es santa;

maldita estando la planta
lo está tambien su simiente.
Esto así, ¿qué sereis vos?
qué sereis? si aunque no os cuadre,
por hija de vuestro padre
estais maldita de Dios.

EMA. De Dios! suprema impostura:
de Dios! no, no, blasfemais;
sin saber á dónde vais
os arrastra la locura.
Su nombre santo y bendito
tomais con irreflexion:
donde no ha habido intencion,
cómo puede haber delito?
(Se oyen pasos fuera.)

BRUEN. Callad; no oís?...

EMA. (Leve ironía.) Teneis miedo?...

BRUEN. Miedo?... por él. Si nos vieran
tal vez mayores se hicieran
los peligros de Vifredo.
Se acercan... venid conmigo,
salvémosle y os perdono.

EMA. ¡Vos, vos! desprecio ese encono,
mas por el de Ria os sigo.
(Vánse derecha, segundo término.)

ESCENA IV.

SALOMON, SINIBAL, SUNYER y ROGER.

SAL. No oísteis? nombrar á Ria
me pareció que escuché.

SUNYER. Desechad esos temores,
aprension vuestra.

SAL. Tal vez.
Eso será, sí: mas hoy
sin explicarme el por qué,
de un afan extraño siento
el fatídico poder,
y mañana espira el plazo
que me señaló Juzef.

SINIBAL. Patrañas, necias patrañas.

indignas de vuestra prez.
Vos sois el señor.

SAL. ¡Oh, sí!
Lejos de mí la cruel
superticion infamante
que en mi mengua demostré.
Yo soy el señor, si ellos
contraviniendo mi ley
rebeldes banderas alzan
que contra la mia estén,
para envolver sus cadáveres
sudarios de ellos haré.
Basta de duda. Hoy Vifredo
verá al fin quién vence á quién,
y sus necios partidarios
cuando se vean sin él
implorarán su perdon
de rodillas á mis piés. (Pausa leve.)
Y la gente?

SUNYER. Prevenida
desde ántes de anochecer.
En esa cámara ocultos
en cuanto el aviso deis,
sujeto por mis archeros
al de Ria os mostraré.

SAL. Hacedlo, mas de su vida
con las vuestras respondeis.
Vamos, como siempre fieles
mi órden obedeced,
y si Ria aquí no muere
gracias á la suerte dé.
Pero despues... y quién sabe
lo que pasará despues.
(Vánse derecha primer término.)

ESCENA V.

La escena sola un momento, luego BRUENILDE, se oye el toque de queda.

BRUEN. Tiemblo, ya el toque de queda
resuena triste y sombrío!

¿Vendrá Vifredo? ¡Dios mio!
haz tú que venir no pueda.
Haz que mi padre le encuentre
ántes que á mi cita acuda.
(Se oye fuera una seña.)
Su seña... ¡Terrible duda!
Cómo evitar el que entre.
(Vuelve á sonar la seña.)
Otra vez tenaz provoca
su muerte, y cómo advertirle...
Mas si abajo mandó herirle
Salomon... Me vuelvo loca:
suba pues... mas nunca, no!
muere si en subir se empeña.
Conde, conde de Cerdeña,
cuánto te aborrezco yo.
Vuelve á llamar. ¡Dios de Dios!
Qué hacer? le pueden oir
y entónces... si ha de morir
muramos juntos los dos.
(Coloca la luz en una de las ventanas del fondo, á poco se oye el ruido de una escala que se apoya en ella.)

ESCENA VI.

BRUENILDE y VIFREDO.

BRUEN. Ven: la cobarde traicion
te espera, bien mio, aquí,
ven y huye por compasion;
huye y calma la afliccion
de quien vive para tí.
VIFREDO. Te escucho sin comprender
tus infundados recelos
en los que no he de creer.
¡Qué! puede el hombre temer
cuando se acerca á los cielos?
Á la luz de tu hermosura
llego rendido y leal,
y darme quieres pavura?
No: donde está la ventura

no puede albergarse el mal.
BRUEN. Deja frases halagüeñas
y escúchame por piedad.
VIFREDO. ¿En darme temor te empeñas,
ó es mi amor que me desdeñas?
BRUEN. Desdeñarte? no en verdad;
mas á Salomon vendida
fué sin que sepa por quién
esta cita maldecida.
Ven, huye, salva tu vida,
sálvate y huye: ven, ven.
VIFREDO. Bendiga Dios tus temores,
que aunque temores de niño,
dan más fuerza á mis amores;
pues son las pruebas mejores
de tu adorado cariño.
Y no sabes qué placer
me produce ese temor:
que solo me hace temer
el que puedo enloquecer
con la dicha de tu amor.
Cálmate, pues, vida mia,
y desecha esos temores
que abulta tu fantasía.
Ven...
BRUEN. Sálvate ¡por Dios! Ria;
ten piedad de mis dolores.
Salomon...
VIFREDO. Bien: déjalo
que me prepare emboscadas
y que me amenace ó no,
que su estrella se eclipsó
y están sus horas contadas.
Mañana al alborear
libre será Barcelona,
y ó muerto yo he de quedar
ó Salomon pierde al par
de la vida la corona.
Desde el sepulcro en que mora,
puesta en mí su confianza,
venganza mi padre implora,
y mi corazon devora

ardiente sed de venganza.
Por ella lucho y me agito
en esta empresa atrevida;
hija de un odio infinito,
yo del conde necesito,
no la corona, la vida.

ESCENA VII.

DICHOS, SALOMON.

SAL. Seguid, seguid.
BRUEN. y VIFREDO. Vos?
SAL. Yo. Yo, que tranquilo
la serpiente abrigué dentro del pecho;
yo, que os serví de cariñoso padre
y vuestro bien y vuestra dicha anhelo.
¡Oh! quién creyera que en menguado dia,
lleno de engaño y de perfidia lleno,
vos, el siempre leal, me prepararais,
henchido de ambicion, lazos arteros?
Ingratitud, ingratitud bastarda,
digna tan sólo de bastardos pechos;
pero temblad: la venda ya caida
vuestra mezquina pequeñez contemplo.
Y de hoy en más, precisa consecuencia
vuestra suerte será de vuestros hechos.
VIFREDO. Basta ya ¡víve Dios! con fria calma
tu perfidia sagaz sufrir no puedo.
Infame usurpador, vil asesino,
me pides gratitud ¿y qué te debo?
Yo gratitud á tí! pero sí; escúchame,
porque es mi voz de tu conciencia el eco.
Qué hiciste de mi padre? del que un dia
fué tu conde y señor, dime, qué has hecho?
Dónde está, Salomon? por qué motivo
mis ojos y mi amor le lloran muerto?
Le mató tu ambicion: no te bastaba
de su bondad sin fin ser el objeto,
y aspirastes á más: una corona
soñó en mal hora tu febril deseo,
y en sangre roja la ciñé tu frente,

de una infame traicion fruto sangriento.
SAL. La torpe lengua ten; ten esa lengua,
y cesa ¡vive Dios! en tus denuestos,
que no con ellos tu traicion se encubre
ni tu artera doblez amenguan ellos.
Por qué en vez de piedad me pides ódio?
por qué, en tus asechanzas descubierto
pretendes explicar como venganza
la insaciable ambicion que arde en tu pecho?
No á tu padre maté; tú bien lo sabes;
mas tú necesitabas un pretexto,
y usurpador, la usurpacion quisiste
atribuirme á mí; muy bien, Vifredo;
es idea ingeniosa y yo la aplaudo;
sois un conspirador de gran talento.
Mas vana acusacion, ruin impostura;
mis nobles saben, como sabe el pueblo,
que de ese crímen inocente vivo,
y que los Vall sus asesinos fueron.
Bien lo sabe Nadal, y bien lo prueba
que vengador de vuestro padre siendo
(Á Brnenilde.)
nada hiciera en mi contra; y á sus manos
murieran los dos Vall como murieron.
BRUEN. Mentís, conde, mentís, y de mi padre
os desmiente el honor cual yo os desmiento:
si fueron los dos Vall asesinados
de una infame traicion por traidor premio;
no á mi padre culpeis, y más bien ántes
la mano criminal llevad al pecho.
SAL. ¡Ira de Dios! la hora del castigo
sonó terrible ya. Qué me detengo?
Yo atajaré vuestra osadía loca;
temblad ambos á dos, temblad, Vifredo;
hasta mi alcázar penetrando osado
en vuestra tumba penetrasteis ciego,
y en vano intentareis puesto á mis plantas
vuestro perdon lograr.
VIFREDO. Orgullo necio.
Yo pedirte perdon! mal me conoces;
cual vencedor, vencido te aborrezco.
SAL. Ha da mis bravos guardias.

VIFREDO. ¡Vive Cristo!
SAL. La partida os gané y os tengo preso.

ESCENA VIII.

DICHOS, SINIBAL, SUNYER, ROGER y GUARDIAS.

SAL. Prendedle.
BRUEN. No, no, piedad.
Piedad por Dios, Salomon.
VIFREDO. Jamás; ni quiero perdon
ni necesito bondad.
Si es cierto el amor que un dia
me juró amante tu labio,
no ruegues, que es en mi agravio
rogar á su villanía.
SAL. Á él.
VIFREDO. Venid, reunidos.
Hoy enseñaros espero
lo que va de un caballero.
á una turba de bandidos.
SAL. Prendedle.
BRUEN. No, no por Dios.
Perdon, perdon.
SAL. ¡Oh! jamás.
BRUEN. Infame canalla, atrás
ó matadnos á los dos.
Herid, que si es criminal
odiar su poder tirano,
yo tambien veo en su mano
no el cetro, sino el puñal.
Tambien yo sin tregua y calma
ayudé en su empresa á Ria,
y su venganza es la mia,
porque su alma es mi alma.
Herid.
VIFREDO. Sálvate.
SUNYER. Que mueran.
SINIBAL. Á ellos.
SAL. ¡Oh, morirán!

ESCENA IX

DICHOS, EMA, rápidamente.

EMA. Tambien mi pecho herirán
las espadas que los hieran. (Interponiéndose.)
SAL. Tú, ¡Dios de Dios! tú. Maldito
tu torpe amor temerario.
EMA. ¡Oh! no, padre, no, al contrario.
bendito sea, bendito.
Piedad.
SAL. Imposible, nunca,
y es toda súplica vana.
mi justicia soberana
ni nadie ni nada trunca.
VIFREDO. Basta ya: no más por mí
vertais tan precioso llanto:
no vale mi vida tanto
que deba pagarse así.
Morir mil veces prefiero
á suplicar á su encono.
no; como no le perdono
su infame perdon no quiero.
Basta pues, si su venganza
no puede lograr mi anhelo
creo en Dios, y en la del cielo
tengo puesta la esperanza.
Que si la suerte propicia
hoy le encubre con su manto,
hay un Dios, y ese Dios santo,
es el Dios de la justicia.
(Rompe en pedazos la espada.)
Venid, sin armas estoy,
de vuestra saña á merced
y os desprecio.
EMA (Sacando un puñal.) Atrás, tened
ó yo la muerte me doy.
Al par de la suya acaba
mi vida, esto así matadle.
BREEN. ¡Oh! no, salvadle, salvadle,
(Arrodillándose delante de Salomon.)

y os juro ser vuestra esclava.
(Pausa leve. Los guardias miran á Salomon como interrogándole. Vifredo se acerca poco á poco á ellos.)

SAL. ¡Oh! no puedo más. ¡Las dos!
las dos con pasion extrema!
Y ella... mi hija... mi Ema...
¿Por qué nací, Dios de Dios?
Tal vez tu castigo es
del crímen que cometí.
(Roger, que se habrá ido acercando á Ema durante el aparte de Salomon, la sujeta los brazos cayendo el puñal al suelo.)

EMA. ¡Oh! vil traidor. (Desmayándose.) Ay de mí!

ROGER. (Yo le salvaré despues.

BRUEN. Vos? (Á Roger.)

ROGER. Callad. (Bajo á Bruenilde.)

BRUEN. Infame, vos...)

SAL. Llevadle.

VIFREDO. Vamos, sí; pero
conde, te emplazo y te espero
en la presencia de Dios.
Adios, amor mio. (Á Bruenilde.)

SUNYER. Atrás.
(Á Bruenilde, que quiere abrazar á Vifredo.)

BRUEN. Nunca, asesinos, tened.

SAL. Os venzo al fin. (Á Bruenilde, gozoso.)

ROGER. (Á Salomon por Ema.) Señor, ved.

SAL. ¡Pobre hija mia! Esto más...
Llevadla. (Á Roger.) En pedazos rota
(Á Bruenilde.)
estallar el alma siento,
mas voy á verter sediento
vuestra sangre gota á gota.
(Se llevan á Vifredo entre los guardias y á Ema desmayada.)

ESCENA X.

BRUENILDE, SALOMON.

BRUEN. Viértela, viértela, conde,

que tu furor no me asusta,
mas...

SAL. Ira de Dios!

BRUEN. Venganza.

SAL. ¡Oh! callad, callad.

BRUEN. No, nunca.
Venganza por el de Ria,
hidalgos de Cataluña.

SAL. Siempre ese nombre maldito!
Le amais? le amais?

BRUEN. Con locura,
con ceguedad, con delirio,
con frenesí, con... Me escuchas
y sufres terribles celos
que te hieren y te abruman?
Bien, conde, bien: sufre, sufre;
porque quiero yo que sufras.
Quiero, para darte celos,
para aumentar tu tortura,
que comprendas hasta donde
nuestras dos almas son suyas.
Yo, yo tu amor, tu deseo,
tu esperanza, tu ventura,
yo á quien harias gozoso
señora de Cataluña;
yo, desprecio tus riquezas
y tu poder y tu altura:
porque su amor es mi vida,
porque amarle es mi fortuna,
porque (Movimiento de Salomon.)
Aun no he concluido
de hablarte, no me interrumpas.
Una hija Dios te ha dado,
hija querida, hija única,
y esa hija á quien tú quieres,
y cuyo placer procuras,
sabe que el conde de Ria
está con su padre en lucha;
y sabiéndolo, le quiere
y á su salvacion ayuda.
¡Oh! sí, Salomon; sí, grande,
muy grande es hoy mi amargura:

pero la tuya... ¡Oh! me gozo
cuando contemplo la tuya.

SAL. Con sangre, sólo con sangre
se vengan tales injurias.

BRUEN. Hiere.

SAL. No: despues, despues;
cuando mi venganza cumpla,
cuando gastada tu alma
por el dolor ya no sufra.
Hasta entónces vive, y vive
para llorar tu fortuna.
Vive y padece. Vifredo,
el que amas con tal ternura,
el que es vida de tu vida
y es alma del alma tuya,
Vifredo, el gentil Vifredo
va á morir ¿Oyes? me escuchas?
Va á morir, á morir.

BRUEN. Muera.
Pero, lo que haces calculas?
Sabes, conde, que mi padre
vendrá de Vifredo en busca?
Sabes que sólo se espera
á que el nuevo dia luzca
para entregar tu cabeza
del populacho á la furia?
Sabes que humean las villas
y que los campos se innundan
con sangre de tus vasallos
de tu avaricia por culpa?
Sabes que toda la Marca
puede alzarse en contra tuya
á la voz de independencia
que años hace ya que busca?
Sabes, conde?...

SAL. Nada ignoro.
Sé que con perfidia suma
una nobleza ambiciosa
de traiciones me circunda.
Sé que mi pueblo rebelde
con ella tambien se aduna,
pero ay de ellos! ay de aquellos

que con viles imposturas
perturban la paz querida
y mi justicia perturban.
Tan medrosos como viles
de mis miradas se ocultan,
y ninguno de esos míseros
es capaz de empresa alguna.
(Se oyen tres palmadas y Brunilda las contesta.)

BRUEN. Ninguno, conde, ninguno.
Escucha un momento, escucha.
No es una seña de amores,
no: la mano que la impulsa
no sabe arrancar sonidos
de las cuerdas de una guzla;
sólo en el combate, arranca
chispas de las armaduras.
Es Nadal, Nadal el bravo,
que no fué vencido nunca.
Nadal, que del noble Ria
viene en socorro y ayuda.
¡Oh! tiembla, tiembla, asesino,
porque su cólera es justa,
porque tus pueblos te execran,
porque tus nobles te buscan;
y te buscan para darte
del populacho á la burla.
Tiembla, porque Dios cansado
quiere que tu fin se cumpla.
Tiembla, porque hoy por mi acento
tu fin cercano te anuncia,
y por mi voz te maldice
en el umbral de la tumba.

ESCENA XI.

DICHOS, SINIBAL, SUNYER, ARCHEROS y GUARDIAS.

SAL. ¡Oh!
SUNYER. (Saliendo rápido.) Señor, hueste aguerrida
todo el alcázar circunda,
y por Vifredo de Ria

claman airadas las turbas.
(Se oye rumor y crece.)

SAL. ¡Maldicion! Jucef... ¡mi horóscopo!
no, no, viles importuras.

BRUEN. Dios pone fin á tus crímenes,
tirano de Cataluña.

SAL. ¡Ira de Dios! pronto, pronto,
vestid todos la armadura
y aneguemos en su sangre
á esa envilecida chusma.
Id.

BRUEN. Sí, marchad, asesinos
de indefensas criaturas,
marchad: el que á hierro mata,
justo es que á hierro sucumba.

SAL. ¡Oh! temed, temed si triunfo.

BRUEN. Teme tú si el pueblo triunfa.
(Se oye gran rumor. Salomon, Sinibal y Sunyer con archeros y guardias se dirigen á la izquierda: Cuadro. Cae el telon.)

ACTO TERCERO.

La decoracion de los actos anteriores. Comienza á amanecer.

Al levantarse el telon aparecen Salomon, Sinibal y Sunyer, oyéndose á lo lejos las voces del pueblo y el toque de arrebato de algunas campanas.

ESCENA PRIMERA.

SALOMON, SINIBAL, SUNYER.

SAL. ¿Ois? Todo está perdido.
Ruge ese pueblo insensato;
y Barcelona, rebelde,
se alza al de Ria aclamando.
Todo está perdido!... Todo!

SUNYER. Todo no; mientras mi brazo
pueda blandir una lanza,
os resta, conde, un soldado.

SAL. Es inútil, las estrellas...

SUNYER. Recobrad, señor, el ánimo,
y si morir es preciso,
morid, al ménos, matando.
Si no luchais sois vencido
y muerto por de contado;
luchad pues, y cuando menos,
al par que os vengueis, vengadnos.

Bruenilde y Vifredo...

SAL. ¡Oh! cierto.

SINIBAL. Y si á sus vidas osamos,
qué rehenes de las nuestras
tenemos, muertos entrambos?
Esperad, y si la suerte
es contraria á nuestro bando,
de nuestras vidas las suyas
demos á Nadal en cambio.
Si vencemos es distinto,
entónces exterminadlos;
mas sólo entónces.

SUNYER. Ahora.
¿Por qué esperar?

SAL. Por salvarnos.
No escuchásteis sus razones,
ó es que despreciais acaso
la vida?

SUNYER. Y de conservarla
vale, señor, el trabajo?
Quereis vivir? quereis, conde,
ver á Ria soberano,
sirviendo vasallo humilde
á quien fué vuestro vasallo?
¿Quereis verle de Bruenilde
esposo feliz?...

SAL. Matadlos.
Muera Ria; su cabeza
ruede sangrienta en el tajo,
y Bruenilde tambien... (Transicion.)

SINIBAL. Loco;
la habeis, Sunyer, adorado,
y duro cual dura roca
fué su pecho á vuestro halago.
La roca á hierro se labra,
labrad su pecho y vengaos.

SUNYER. Juro á Dios...

SINIBAL. ¿No ois?

SAL. ¡Oh! pronto,
pronto á las armas: corramos.

SUNYER. Vos no; vos, por si nos vencen,
huid; pero ántes vengadnos.

SAL. Huir!...
SINIBAL. Teneis una hija.
SAL. ¡Pobre hija mia!
SUNYER. Salgamos.
(Vánse Sinibal y Sunyer.)

ESCENA II.

SALOMON, solo.

Tengo miedo. Mi destino
me arrastra raudo y violento
como arrastra raudo el viento
las hojas en su camino.
Huyamos... mas ese sino...
ese horóscopo... Imposible.
Necia impostura, risible;
mintió Jucef, sí, mintió.
Mas ¡ay de mí! quizás no,
que hoy cumple ese plazo horrible.
Preciso es morir... ¡Oh! ántes
caigan Bruenilde y Vifredo.
¡Matar!... ¡sangre!... Tengo miedo
en mis últimos instantes.
No. (Pausa leve.) Mas felices y amantes
despues... ¡Terrible pelea!
Mueran, pues... mas esta idea
que en el corazon combato...
¡Oh! no: muero si no mato,
matemos, pues; sea, sea.

ESCENA III.

DICHO, BRUENILDE por la derecha.

BRUEN. ¡Terrible noche! Ah! vos. (Viendo á Salomon.)
SAL. Sin duda alguna.
y no sé qué os asombra el que yo vele,
cuando, traidores, contra mí se alzan
mis vasallos, cobardes y rebeldes.
BRUEN. Rebeldes no: por el valiente Ria
airados claman y luchar pretenden.

SAL. Y para qué luchar? Todo es en vano:
pronto sus ojos velará la muerte,
y sólo su cabeza ensangrentada
podrán hallar los que en su busca vienen.

BRUEN. ¡Gran Dios! (*Cayendo en un sitial junto á la mesa*).

SAL. Bruenilde. (*Acercándose á ella.*)

BRUEN. (*Levantándose sombría.*) Atrás. Maldito seas;
¡maldito seas tú, que sangre viertes!
(*Leve pausa: luego solemnemente.*)
Escucha, Salomon: de tus maldades
esta la pena es: oye; estremécete.
Sangre vertiste, con la tuya toda
la vertida por tí pagarse debe:
usurpaste traidor una corona,
otro á su vez de tus malditas sienes
á usurparla vendrá. Mataste á hierro
y á hierro morirás, tal es tu suerte.

SAL. ¿Que á hierro moriré? Que á hierro mata
quien como yo su autoridad defiende?
Por qué Vifredo á su señor se opone?
Por qué asechanzas á mi vida tiende?
quién es él? ¡vive Dios!

BRUEN. Es tu castigo,
tu expiacion fatídica y solemne.
Marcha adelante pues, marcha adelante,
porque ya, Salomon, cejar no puedes.
La piedra de las rocas desprendida,
en su marcha fatal no se detiene
y siempre su carrera acelerando
doble velocidad ganando siempre;
más y más impetuosa rueda y rueda
en el profundo abismo hasta perderse.
No te detengas pues: rueda impetuoso
del criminal por la fatal pendiente!
Tú usurpaste traidor una corona,
tú al padre de Vifredo diste muerte,
tú despues de ese crímen espantoso,
vil asesino, usurpador creyéndote,
tuviste miedo, recelaste, y sangre
corrió por nuestros campos á torrentes;
y así habia de ser: crímen tras crímen,
unos de otros consecuencias fieles,

marchastes hácia el mal precipitado.
Marcha adelante pues; marcha y no cejes;
la piedra de las rocas desprendida
en su marcha fatal no se detiene.

SAL. Es verdad, vive Dios! cejar no puedo,
mas mi venganza asombrará á las gentes.
Ria debe morir; pues luego muera,
su pálida cabeza caiga inerte
y sea el calabozo que le encierra
tumba tambien que su cadáver cierre.
Y vos, vos, insensata, que así loca
provocais mi furor y vuestra muerte,
rogad á Dios reciba vuestra alma;
porque vais á morir.

BRUEN. Hiere pues, hiere.
¿Tiemblas? vacilas? el valor te falta?
Vil y cobarde hasta en el crímen eres.

SAL. ¡Ira de Dios!
(Desnudando la daga y apoderándose de Bruenilde.)

BRUEN. (Aterrada.) ¡Dios mio!

SINIBAL. (Cogiendo el brazo de Salomon.) Deteneos.

SAL. Quién? qué buscas? qué traes? qué me quie-[res?

ESCENA IV.

DICHOS, SINIBAL.

SINIBAL. Señor...

SAL. Decid.

SINIBAL. Un enviado
del conde Nadal desea
hablar con vos: pero advierte,
que el que hableis solos es fuerza.

SAL. Quién es?

SINIBAL. Del bruñido casco
tras la calada bisera
oculta, señor, la cara
con pertinaz insistencia.

SAL. Mas su voz...

SINIBAL. Reconocerle
nos fué imposible por ella.

SAL. Que pase; mas por si acaso

alguna traicion intenta.
algunos de mis arqueros
tened prevenidos cerca;
y vos mismo en esa cámara (Su derecha.)
estad, Sinibal, alerta.

SINIBAL. Está bien: de espada y daga
hizo ya, señor, entrega:
mas por si acaso, mis guardias
vigilarán esa puerta;
y yo mismo...

SAL. Bien; que pase.

SINIBAL. Que pase el enviado. (Desde la puerta.)

SAL. Presa
guardad á Bruenilde en tanto;
mas vos respondeis de ella.
Entrad. (Por la derecha á Sinibal.)

SINIBAL. (Á Bruenilde.) Seguidme.

BRUEN. Ya os sigo.
Dios de bondad, dame fuerzas.

ESCENA V.

SALOMON, VIFREDO con armadura completa y calada la visera entre guardias, que quedan fuera cuando VIFREDO cierra la puerta del foro.

SAL. Ya te escucho.
(Vifredo cierra la puerta foro, al verle Salomon hecha mano á la daga y dice.)
Traidor!

VIFREDO. No así cobarde
demuestres, Salomon, tu torpe miedo.

SAL. Esa voz!... esa voz!...

VIFREDO. De qué te aterras?
Solo y sin armas hasta tí me acerco
y tú al sonido de mí voz temida
te llenas de pavor.

SAL. Pero ese acento...
Esa voz...

VIFREDO. Es la voz de tu conciencia
que vibra, conde, en tu intranquilo pecho,
es la voz vengadora con que un hijo

te demanda á su padre.

SAL. ¡Dios del cielo!
Mas no, no puede ser: si yo le he visto,
si mis guardias aquí le hicieron preso,
si está en su calabozo. Es imposible.
Más quién eres? Respóndeme al momento.
Quién eres? ¡Vive Dios! habla, responde.
Decúbrete ante mí, (Vifredo lavanta su celada.)
(Gran terror.) Gran Dios! Vifredo.
Vifredo ¡oh!
(Con cruel alegría mirando hácia la puerta)

VIFREDO. Comprendo tu mirada
y tu intencion satánica comprendo:
más ántes de que llames y me prendan,
lee, Salomon, las líneas de este pliego.
(Dáselo.)

SAL. Mi hija en tu poder! (Lee.)

VIFREDO. Nadal la guarda
y en represalia atroz muere si muero.
Óyeme, Salomon, y mis palabras
medita bien porque te importa hacerlo.
El triunfo es mio, Barcelona entera
se alza en tu contra y con sin par denuedo
se aprestan al combate decididos,
rivales en valor, nobleza y pueblo.
¿Qué te resta?

SAL. Me resta la venganza.
Estás en mi poder, te tengo preso
y en mi poder tambien Bruenilde estando
la partida es igual: herid y hiero.
Hija, por hija: Ema por Bruenilde
le diré yo á Nadal; ya no te temo.

VIFREDO. Deliras, Salomon, vana esperanza
de tu ansiedad febril: no hace un momento
que tú en un calabozo me creias
y libre estoy y á tu presencia llego.
Piensas que loco yo te me entregara
sin estar bien seguro? Piensas, necio,
que yo vendria á darte mi cabeza?...

SAL. ¡Hola! guardias á mí.)
(Llamando, los guardias se presentan. Vifredo, que al llamar, Salomon se habrá calado tranquilamente

la visera de su casco, dice con fria calma.)

VIFREDO. En su aposento
ved si Ema se encuentra.
(Á los guardias, despues bajo y amenazante á Salomon.)
Tu hija muere
si mi bocina hasta los labios llevo.
Quieres que muera?

SAL. Mas mi hija...

VIFREDO. Dudas?
Haced lo que mandé. (Á los guardias.)

SINIBAL. Señor...

SAL. Hacedlo.

VIFREDO. Ahora escúchame bien: nada te resta.
Tus guardias, tus parciales, tus arqueros,
por tres veces seguidas esta noche
vencidos por los mios sucumbieron.
Yo estaba en tu poder y estoy ya libre,
Narbona y sus intrépidos guerreros
me dieron libertad y está tu alcázar
de mis valientes partidarios lleno.
Una mina ignorada que Narbona
conocia no más...

SAL. Todo lo entiendo.

SINIBAL. Señor. (Apareciendo.)

SAL. Habla, mi hija...

SINIBAL. No parece.

VIFREDO. Roger te la robó. (Bajo á Salomon.)

SAL. ¡Rayos del cielo!

VIFREDO. Ya oyes! Salomon. Estás cercado.
Es imposible huir: te tengo preso
y mueres ¡vive Dios! si hasta Bruenilde
atentas en tu cólera.

SAL. Prendedlo.

VIFREDO. Tu hija!...
(Los guardias se adelantan á prender á Vifredo.)

SAL. (Deteniéndolos.) No, no; atrás, atrás... Mi hija!
Huye! Dejadle ir.

SINIBAL. Mas...

SAL. Quietos, quietos.
(Salomon detiene á Sinibal y guardias. Vifredo sale poco á poco.)

ESCENA VI.

SALOMON, SINIBAL, GUARDIAS.

SINIBAL. Señor...
SAL. Quietos.
SINIBAL. ¡Vive Cristo!
dejadme que á ese hombre siga.
Es él: le he reconocido;
es...
SAL. Sí, Vifredo de Ria;
lo sé. (Con desaliento.)
SINIBAL. ¡Por Dios! (Queriendo irse.)
SAL. (Deteniéndole.) Insensato,
quieres matar á mi hija?
SINIBAL. Seguidme. (Á los Guardias.)
SAL. Silencio.
SINIBAL. Conde...
SAL. Obedece.
SINIBAL. Ya me irrita
esa obediencia cobarde,
que es causa de nuestra ruina.
Si vos, temerario ó loco,
quereis perder vuestra vida,
perdedla; pero yo, conde,
quiero defender la mia.
SAL. ¡Villano!
SINIBAL. ¡Sús! camaradas,
seguidme.
SAL. Atrás: de rodillas,
de rodillas, miserables,
ante mí.
SINIBAL. Loco deliras.
Camaradas, ese hombre
que se aleja de aquí, es Ria.
SAL. Mientes.
SINIBAL. Cercados, vencidos,
sin recursos, sin huida,
sólo apresando á Vifredo
podremos salvar las vidas.
Ántes que llegue al rastrillo

prendámosle, y garantía
tendremos en su cabeza
contra la fortuna esquiva.

UN GUAR. Es verdad.

SINIBAL. Seguidme

GUARDIAS. Muera.

SINIBAL. Seguidme. (Los Guardias salen.)

SAL. ¡Oh! no! ¡suerte impía!
Yo os lo mando, yo os lo ruego...

UN GUAR. Atrás. (Á Salomon.)

SAL. Mi hija! mi hija!
Piedad! no me oyen: ¡Dios mio!
Se alejan... hija, hija mia!

ESCENA VII.

SALOMON, solo.

La van á matar. ¡Infames!
Matar á mi hija! ¡Oh! tiemblo!
Si le prenden, si ese hombre
suena su bocina fiero...
¡Oh! no, no; fuera espantoso!
Salva, Dios mio, á Vifredo.
Sálvale... mas si se salva
vencerá, y si vence... El cielo
marcó mi terrible plazo.
Qué lucho, pues? no hay remedio.
Ese horóscopo... ese sino...
Preciso es morir... mas... Cielos!
Bruenilde, Bruenilde.
(Coriendo á la puerta de la derecha.)
Gracias;
aun la esperanza no pierdo.

ESCENA VIII.

BRUENILDE, SALOMON.

BRUEN. Héme ya aquí: ante la muerte
no debo temblar cobarde:
el mártir cuya alma arde

en la fé que le hace fuerte,
no debe gemir cual gimen
los criminales sin honra,
que el cadalso no deshonra,
lo que deshonra es el crímen.
Pronta estoy, pues, á Dios plugo
mi muerte...

Sal. Callad, Bruenilde.

Bruen. Ante su víctima humilde
tiembla, cobarde el verdugo?
¡Oh! de Dios la excelsitud
prueba bien su sábio juicio.
Justo es que medroso el vicio
se aterre ante la virtud.

Sal. La virtud! qué es en el hombre
la virtud? Idea vana.
Falsa apreciacion humana.
Virtud, no eres más que un nombre.
Yo, aterrado de mí mismo.
del crímen en la pendiente,
ruedo, y ruedo fatalmente,
hasta el fondo del abismo,
y en vano pararme intento
y quiero luchar en vano.
La virtud! Quizá el humano
es libre en su movimiento?
Impostura. De mí en pos
el mal incesante afluye.

Bruen. Y cómo no?

Sal. Dios me huye!

Bruen. Tú huiste ántes de Dios.
Sangre vertiste, asesino.

Sal. Matar ó morir debia.

Bruen. Mata pues; la vida mia
no detenga tu destino.

Sal. Oh, no, no. Vivid. En vos
satisfaccion daré al cielo.
¡Vivid!...

Bruen. Ni la vida anhelo,
ni acepta tu oferta Dios.
No; que impía y criminal
la oferta tuya es tambien.

¿Acaso es hacer el bien
el dejar de hacer el mal?

SAL. Piedad!

BRUEN. Medroso y cobarde,
buscas perdon porque temes?
¡Ántes, ántes!

SAL. No blasfemes.
Nunca para el bien fué tarde.

BRUEN. Para el bien? (Irónico.)

SAL. Á Dios levanto
mi ruego.

BRUEN. Sí, ruego impío,
ruego de temor!

SAL. Dios mio,
yo me arrepiento y me espanto!
Piedad!

BRUEN. Y así se redimen
tus crímenes?

SAL. ¡Oh! perdon!

BRUEN. Donde no hay reparacion
en vano es llorar el crímen.
Escucha, fiero retumba
del pueblo el grito infinito.
de tus víctimas el grito
te acompaña hasta la tumba.
Oye, óyele; el grito insano
de execracion general,
es el canto funeral
que debe oir un tirano.

SAL. Oh! Dios mi poder derrumba.

BRUEN. Salvar á tu pueblo quiere.
Siempre que un déspota muere
nace un pueblo de su tumba.

SAL. Oh, venid, aumenta, crece,
crece ese rumor gigante.

BRUEN. El pueblo se alza triunfante
hoy que tu poder perece.

SAL. Venid, venid pronto; acaso
salvar la existencia puedo.
¡Huyamos!

BRUEN. ¡Yo! De Vifredo!
Mátame; no doy un paso.

SAL. Venid.
BRUEN. Jamás.
SAL. ¡Vive Dios! (Amenazante.)
Seguidme.
SUNYER. (Apareciendo en la izquierda.) Señor, huid.
Somos vencidos, venid.
SAL. (Queriendo arrastrar á Bruenilde.)
Seguidme.
BRUEN. Matadme.
SUNYER. (Viendo á Bruenilde.) ¡Vos!

ESCENA IX.

BRUENILDE, SALOMON, SUNYER.

SUNYER. Vos! ¡Oh! Por fin.
(Desnudando la daga y dirigiéndose á Bruenilde.)
SAL. Miserable!
Estás loco?
SUNYER. ¡Vive el cielo!
Apartad; vengarme anhelo
y es mi rencor implacable.
Quiero que muera.
SAL. Insensato
tente: mi hija, mi Ema...
SUNYER. Apartad.
SAL. Audacia extrema.
SUNYER. Apartad, conde, ú os mato.
SAL. Traidor!
SUNYER. Atrás.
SAL. No, que hiere
á mi hija ese puñal.
Presa en poder de Nadal
muere si Bruenilde muere.
SUNYER. Qué importa, todo perdido.
Muera pues; yo tambien muero.
SAL. Atrás.
SUNYER. Noble caballero! (Suma ironía.)
el cielo os ha concedido.
Os honra mucho á fe mia
campeon tan estimable. (Transicion.)
Mas morireis.

BRUEN. ¡Miserable! (Con desprecio.)

SUNYER. ¡Oh! qué desgraciado es Ria.
Vencedor, quizá al contento
de la victoria renuncie
cuando su triunfo le anuncie
vuestro cadáver sangriento.
¡Oh! me gozo en mi venganza,
vos por Ria tan querida;
vos su amor, su bien, su vida,
su deseo, su esperanza,
vais á morir. Morir vos
es matarle á él...

SAL. Atrás.

BRUEN. Vírgen santa!

SAL. Morirás.

SUNYER. Veremos quién ¡vive Dios!
(Riñen: Salomon replegándose cada vez más hasta la derecha primer término. Sin embargo, en el primer momento, Salomon se bate sereno y con entereza, perdiendo el ánimo con las palabras de Sunyer. El actor que haga este papel debe hacer comprender al público que la supersticion de este personaje es la causa de su muerte por el desaliento que le infunde.)

SUNYER. Vuestro horóscopo en mi ayuda
fiero contra vos batalla.

SAL. Mi horóscopo... (Para sí aterrado.)

SUNYER. Escrito se halla.
Hoy cumple el plazo.

SAL. Oh! no hay duda.

SUNYER. Hoy cumple y hoy...

SAL. Dios lo quiere.
Me falta el valor!...

SUNYER. Su misma
supersticion, que le abisma,
en el corazon le hiere.
(Tirándole una estocada.)

SAL. ¡Ah! (Sintiéndose herido.)

BRUEN. Cielos!

SUNYER. (Á Bruenilde.) Temblad!

BRUEN. Con calma
espero. Hiere.

SAL. No, no.

No hieras, no hieras... ¡oh!
Hija... hija de mi alma!
(Cae fuera de la escena.)
BRUEN. Dios mio!
SUNYER. Tu ardiente grito
en vano es que al cielo llame.
BRUEN. Sálvame, Dios mio, ó dame
el valor que necesito.
(Cae de rodillas: Sunyer la contempla con horrible alegría. Pausa leve.)

ESCENA X.

DICHOS, VIFREDO, NADAL, ROGER, NARBOÑA, BESALÚ, CABALLEROS y GENTES DE ARMAS DEL PUEBLO, trayendo los estandartes de Barcelona, de Ria, de Nadal, etc., etc.

VIFREDO. Prendedle. (Rapidez por Sunyer.)
SUNYER. Maldicion!
BRUEN. Vifredo, padre!
NADAL. Y el de Cerdeña?
BRUEN. (Señalando.) Ved.
VIFREDO. Muerto! Me espanta...
BRUEN. Murió por defenderme de ese hombre.
VIFREDO. Llevadle á un calabozo y que mañana
caiga sobre él la ley. (Se llevan á Sunyer.)
BRUEN. Y Ema? por ella
te quiero suplicar.
VIFREDO. Mi honor la ampara.
(Pausa leve.)
Fijosdalgo, pecheros, ya caido
el tirano poder que os abrumaba,
libres sois, mas sabed que cauteloso,
nuestro señor feudal el rey de Francia,
os ayudó á vencer únicamente
porque temió que Salomon se alzara,
y el feudo establecido destruyendo,
independencia y prez diera á la Marca.
NARB. ¡Independencia! y pues cayó el tirano,
viva el conde de Ria.
(Tremolando el pendon de los Rias.)
TODOS. Viva!

VIFREDO. Basta.
Nadal, embajador de Cataluña,
al rey francés retornareis mañana
y le direis que Barcelona altiva
el feudo rompe que baldon le causa.
Alzad ese pendon, (Por el de la ciudad.)
y cuando el pueblo
en pos de lauros al combate vaya,
siga su noble enseña, no la mia.
Basta ya de opresion, de mengua basta;
y de hoy en más, de propios y de extraños
temida donde quiera y respetada
independiente Cataluña sea
por el valor de sus gloriosas armas.
(Los villanos victorean a Vifredo. Animacion, entusiasmo. Cuadro. Cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.

ida cenicienta.
una.
del almadreño.
riotas.
s del vicio.
inos de viento.
da de Correlargo.
de oro.
del regimiento.
s de mi mujer.
hijos.
madres.
del Rey René.
remos.
cra de Murillo.
tinera.
ganza de Catana.
quesita.
ela de la vida.
e de Garan.
c sin piloto.
igos.
a en el campamento, ó
s de Africa.
ados.
alleros de la niebla.
la de matrimonio.
e de Babel.
a del gallo.
obediencia.
na alhaja.
a mimada.
ridos (refundida.)
má.
ojo.
y mi sobrina.
Zurbano.
y Maria.
en 1818.
á vista de pájaro.
bre hojuelas.
es de Polonia.
ó la Emparedada.

Miserias de aldea.
Mi mujer y el primo.
Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre tímido.
Nobleza contra nobleza.
No es todo oro lo que reluce.
No lo quiero saber.
Nativa.
Olimpia.
Propósito de enmienda.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Pecados veniales.
Premio y castigo, ó la conquista de Ronda.
Por una pension.
Para dos perdices, dos.
Préstamos sobre la honra.
Para mentir las mujeres.
¡Que convido al Coronel!...
Quien mucho abarca.
¡Qué suerte la mia!
¿Quién es el autor?
¿Quién es el padre?
Rebeca.
Ribal y amigo.
Rosita.
Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro *(Patron de Madrid.)*
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Sobresaltos de un marido.
Si la mula fuera buena.
Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.

Trabajar por cuenta ajena.
Tod unos.
Torbellino.
Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.
Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sastuto.
Una equivocacion.
Un retrato á quemaropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero
Un si y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!
Un marido cogido por los cabellos.
Un estudiante novel.
Un hombre del siglo.
Un viejo pollo.
Ver y no ver.
Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

ica y Medoro
s de buena ley.
mas feo.
es y cuchilladas
vina la Gitana.
o y Marte.
y Flora.
enando.
Mariquita.
Crisanto, ó el Alcalde prodor,
ascual,
chiller.
etrino.
ayo de una ópera,
esero y la maja.
ro del hortelano.
ita y en Marruecos.
n en la ratonera.
os de carnaval.
irio (drama lírico.)
stillon de la Rioja *(Música.)*
conde de Letorieres,
ndo á escape.
itan español.
neta
nbre feliz.
allo blanco.
gial.
mo mono.
ner vuelo de un pollo
Pinto y Valdemoro.
netismo... ¡animal!
fa de la calle Mayor.
astas del oro.

El mundo nuevo
El hijo de D. José.
Entre mi mujer y el primo.
El noveno mandamiento.
El juicio final.
El gorro negro.
El hijo del Lavapies.
El amor por los cabellos.
El mudo.
El Paraiso en Madrid.
El elixir de amor.
El sueño del pescador.
Giralda.
Harry el Diablo.
Juan Lanas. *(Música.)*
Jacinto
La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. *(Música.)*
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.
La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.

La Jardinera. *(Música.)*
La toma de Tetuan.
La cruz del valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.
La pupila.
Los pecados capitales.
La gitanilla.
La artista.
La casa roja.
Los piratas.
La señora del sombrero.
La mina de oro.
Mateo y Matea.
Moreto. *(Música.)*
Matilde y Malek-Adhel.
Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.
Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo.
Peluquero y marqués.
Pablo y Virginia.
Retrato y original.
Tal para cual.
Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.
Un marido por apuesta.
Un quinto y un sustituto.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

Albacete.	R. S. Perez
Alcalá de Henares.	Z. Bermejo.
Alcoy.	J. Martí.
Algeciras.	R. Muro.
Alicante.	J. Gossart.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almería.	M. Alvarez.
Andújar.	A. Casas.
Antequera.	I. A. de Palma.
Aranjuez.	J. Gullon.
Avila.	S. Lopez.
Aviles.	M. Roman Alvarez.
Badajoz.	F. Coronado.
Baeza.	J. R. Segura.
Barbastro	G. Corrales.
Barcelona.	Viuda de Barlumeus y Cerdá.
Bejar.	J. Génova.
Bilbao.	E. Delmas.
Búrgos.	T. Arnaiz y A. Hervias.
Cabra.	B. Montoya.
Cáceres.	H. E. Perez.
Cádiz.	Verdugo y Compañía.
Calatayud.	F. Molina.
Canarias.	F. Maria Poggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Carmona.	J. M. Eguiluz.
Carolina.	E. Torres.
Cartagena.	A. Mellado y Orcajada.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	L. Ocharán.
Ceuta.	M. Garcia de la Torre.
Ciudad-Real.	P. Acosta.
Córdoba.	C. Barberini, y M. Garcia Lovera.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	M. Mariana.
Ecija.	J. Giuli.
Ferrol.	N. Taxonera.
Figueras.	M. Alegret.
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida y Viuda é Hijos de Zamora.
Guadalajara	R. Oñana.
Habana.	N. Ceballos.
Haro.	P. Quintana.
Huelva.	J. P. Osorno.
Huesca.	R. Guillen.
Irun.	R. Martinez.
Játiva.	J. Perez Fluixá.
Jerez.	F. Alvarez de *Sevilla.*
Leon.	Miñon Hermano.
Lérida.	J. Sol é hijo.
Linares.	J. Orellana y Sanchez.
Logroño	P. Brieba.
Lorca.	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabezas.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	P. Vinent.
Málaga.	J. G. Taboadela y P. de Moya.
Manila (Filipinas).	M. Planas.
Mataró.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Montilla.	D. Santolalla.
Murcia.	T. Guerra y Herederos de Andrion.
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	J. Martinez Alvarez.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Peralta y Menendez.
Palma de Mallorca.	P. J. Gelabert.
Pamplona.	J. Rios.
Pontevedra.	J. Buceta Solla y Comp.
Priego (Córdoba.)	J. de la Cámara.
Puerto de Sta. María.	P. A. Rafoso.
Puerto-Rico	J. Mestre, de *Mayagüez.*
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. Prius.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ronda.	Viuda de Gutierrez.
Salamanca.	R. Huebra.
San Fernando.	J. Gay.
S. Ildefonso (La Granja)	J. Aldrete.
Sanlúcar.	I. de Oña.
San Sebastian.	A. Garralda.
S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	C. Medina.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Salcedo.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarragona.	V. Font.
Teruel.	F. Baquedano.
Toledo.	J. Hernandez.
Toro.	L. Poblacion.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu.
Tuy.	E. Cruz Hermanos.
Ubeda.	T. Perez.
Valencia.	I. Garcia, F. Navarro y Mariana y Sanz.
Valladolid.	D. Jover y H. de Rodrigz.
Vich.	Soler, Hermanos.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Vitoria.	J. Oquendo.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	V. Fuertes.
Zaragoza.	L. Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Hereia.

MADRID.

Librerías de la Viuda é Hijos de Cuesta, y de Moya y Plaza, calle de Carretas; de A. Duran, Carrera de San Gerónimo; de L. Lopez, calle del Cármen, y de M. Escribano, calle del Príncipe.